

13 CUERPO Y DISTANCIA

CONTENIDO

1. Introducción.
2. Cuerpo y apertura.
3. El esquema corporal y la imagen del cuerpo.
4. El cuerpo, el sujeto y los objetos.
5. Cuerpo, mal y enfermedad.
6. Bibliografía.

1. INTRODUCCION

Consideraremos en las líneas que siguen algunas variables en torno al cuerpo y al eje de la unión/separación. **La distancia entre un cuerpo y los otros cuerpos (o entre sus partes) se inscribe en la apertura corporal hacia el espacio, y es traducida en el gesto y más genéricamente en la asimilación/a-comodación sensorio-motoras. Uno de los gestos privilegiados tiene que ver con la captación visual: mirar o ser mirado presupone una distancia entre "mi cuerpo" y "su cuerpo" (en la doble dimensión objetivizante o subjetivizante).**

Sugeriremos que cuerpo vivido y cuerpo conocido son fenómenos psíquicos enmarcados -dialécticamente- en una espacialidad de situación cuyo substrato "en-sí" sería una espacialidad de posición de índole eminentemente neurológica.

Cuando digo "mi cuerpo", hablo de un cuerpo y hablo de mi, pero de un "mi" en el que también hay un cuerpo: evidentemente se trata de dos cuerpos diferentes, localizados por tanto a una distancia. Cuando hablo de "mi padre" o de "mi madre", hablo de un padre y una madre, y hablo de mí. Ese padre, esa madre, no son cualesquiera, poseen unas particularidades -digamos- objetivas. Sin embargo al hacerlos míos los sitúo como objetos (internos) relacionados con un sujeto que, recursivamente, se define según sus objetos.

Pero el cuerpo no es un ser humano y tampoco tiene mucho que ver con cualquier otro

objeto que sea un ser humano: ni "yo tengo un cuerpo" ni "yo soy un cuerpo", más bien "yo soy (o tengo) el cuerpo que tengo (o soy)".

Terminaremos el trabajo con algunas consideraciones sobre la distancia entre la creencia probable y la experiencia cierta del dolor, el mal y la enfermedad en relación a algunos trastornos psíquicos con expresión somática.

2. CUERPO Y APERTURA

Según Merleau-Ponty (1945) "si mi cuerpo puede ser una `forma' y si puede tener ante ella figuras privilegiadas sobre fondos indiferentes, es en tanto que está polarizado por sus tareas, que existe hacia ellas (...) y el esquema corporal es finalmente una manera de expresar que mi cuerpo está en el mundo" (p.117).

La apertura del cuerpo al mundo ha sido estudiada particularmente desde dos perspectivas: (1) según el espacio, donde el cuerpo propio se presenta como un "espacio subjetivo", (2) según la relación con el otro, donde el cuerpo propio se ofrece como un "sujeto corporeizado".

"El cuerpo está integrado -siguiendo a Ajuriaguerra y Angelergues (1962, p.22)- en tanto que cuerpo en relación y no en tanto que forma o masa abstractas, consideradas en si". Tal vez porque las interacciones entre las cosas son evidentes en el marco espacial, el espacio ha ocupado un papel de gran importancia en los estudios sobre el cuerpo desplegado en el medio. Wallon (1962), por ejemplo, parece estar a menudo molesto por el término de esquema corporal en tanto que concepto próximo a un cierto solipsismo; el autor describe la noción de espacio postural como correlativo al espacio ambiente: "no se podía estudiar -escriben Wallon y Lurçat (1962, p.2)- el esquema corporal sin hacer intervenir la posición del cuerpo en el espacio y sin definir las relaciones del cuerpo con el acto mímico y con el acto sobre los objetos con la persona del otro..."

Quizá el paradigma de la intrincación entre el cuerpo, el espacio y el otro es el gesto, nada más lógico entonces que seguir el camino del movimiento propiamente dicho (contracción fásica del músculo) y del estado tónico sobre el que se apoya. Es lo que ha hecho Ajuriaguerra, es también la historia de su concepto de "diálogo tónico", "lenguaje principal de la afectividad y por esta razón, -según el último autor, 1971, p.394- juega un rol determinante en la adquisición de la noción de cuerpo vivido".

El cuerpo vivido servirá de referencia para crear el espacio orientado, el "diálogo tónico" utilizando el instrumento total del cuerpo "lanza al sujeto entero en la comunicación afectiva" (Ajuriaguerra, 1962, p.145); mediante la boca, la prehensión y el manejo manual, y la deambulación, el cuerpo cartografía el mundo según las posibilidades de manejo del espacio ambiente proporcionadas por el espacio postural walloniano.

El gesto motor es "todo el cuerpo" en movimiento, el gesto sin el cuerpo es una abstracción. El niño que aprende a levantar su pierna es un "niño-que-levanta-su- pierna". El gesto es fin y medio a la vez: toco con mi mano la silla que quería traer hacia mí, mi mano es un medio que forma parte de una unidad formada por mi cuerpo completo y la silla, unidad que engloba el fin. Espacio (ambiente) y cuerpo (postura) están abiertos el uno al otro, se continúan y se diferencian.

Con terminología distinta Sami-Ali (1977) recurre al espacio para huir del peligro de aislamiento en el concepto de vivencia corporal que "puede -según el autor, p.83- cortar el cuerpo propio de la red de comunicación de la que es a la vez centro y periferia". La experiencia perceptiva produce un espacio que es por esencia un espacio corporal; de este modo Sami-Ali (ibid., p.84) describe los "objetos-imágenes del cuerpo" que emergen del "caos primitivo a medida que el cuerpo ejerce una motricidad que recorta las formas y anuda las relaciones". En este sentido el autor habla de la "proyección sensorial" que está implícita en la separación del sujeto y del objeto, y que es preciso deducir a partir de las trazas dejadas sobre la pantalla de lo real (p.84)".

Según Sartre (1943) la vergüenza, el miedo, el orgullo muestran el poder de la mirada del otro que de un solo vistazo es capaz de transformarme en objeto. En primer lugar el otro sería para mí el ser que me coloca como objeto, y que me desplaza de mi posición de sujeto; "Del mismo modo que mi conciencia -escribe Sartre, ibid., p.319- captada por el cógito atestigua indudablemente sobre ella misma y sobre su propia existencia, ciertas conciencias particulares, por ejemplo la conciencia-vergüenza, atestiguan al cógito sobre ella misma y sobre la existencia del otro". También para Lacan (1954) "a partir del momento en que la mirada existe, soy ya otra cosa, en que me siento yo mismo devenir un objeto para la mirada del otro (p.240)".

El sujeto ve un supuesto cuerpo-objeto que es capaz de verle, a él mismo en tanto cuerpo-objeto: en un mismo movimiento el cuerpo-objeto se hace cuerpo-sujeto y el cuerpo-sujeto se hace cuerpo-objeto. Sin embargo la mirada objetivante del otro no sería lo fundamental según Merleau-Ponty (1945), la comunicación real tendría más que ver con la percepción de la intencionalidad en su mirada. Es también la opinión de Bernard (1976) para quien la mirada del otro no es únicamente escrutadora ya que a la vez es expresión. La mirada es siempre ambigua . Despojar la mirada del otro de su dimensión expresiva (caso de la timidez por ejemplo) nos coloca como "cuerpo para el otro".

La situación de mirado no es únicamente conocida, también es vivida: (1) es vivirme como objeto en medio de las cosas, reconocirme como ser degradado, pero también (2) es vivir al otro como expresión, vivirme como sujeto que interactúa siempre intrínseca e indefectiblemente ligado al otro.

Como el cuerpo, la conciencia se abre a lo que no es ella misma, la vieja noción de conciencia como conciencia de algo implica que le es propio (intencionalidad) ese algo que no es ella misma. Si aceptamos con Sartre (1943) que la dualidad sujeto/objeto es propia del conocimiento, lo original de la conciencia de sí sería la síntesis vivencial, la unión masiva - e inanalizable en ese nivel- del substrato formado por el sistema de relaciones objetales. El partitivo (de) en el caso de la

vivencia puede ser -como lo señala Sartre (1943)- puesto entre paréntesis en tanto el sujeto se consume en su objeto. La vivencia, pertenece al dominio de lo estocástico (Castilla del Pino, 1995), lo conocido se enmarca en el campo de la aprehensión del objeto. El conocimiento del objeto, en tanto conciencia cognoscente, lo es solamente si es conciencia de ella misma como siendo ese conocimiento. La vivencia nunca hierra, se posee o no se posee. El conocimiento es estadístico, puede no corresponder oportunamente al terreno que pretende cartografiar.

3. EL ESQUEMA CORPORAL Y LA IMAGEN DEL CUERPO

Angelergues (1964, pp.208-209) nos ha propuesto una diferenciación de conceptos en torno a la corporalidad como tentativa de evitar la ambigüedad en los términos:

- (1) De un lado se sitúa el "esquema corporal" que estaría integrado por dos organizaciones, "una estructura primaria de integración somatopsíquica polisensorial no mediatizada" (hemisferio menor), y "una estructura somatognósica secundaria a la mediación verbal" (hemisferio mayor). De esta última el autor dice que "parece jugar un rol fundamental en la distancia tomada por el sujeto con respecto a su cuerpo (...) ella objetiva el cuerpo y lo despersonaliza".
- (2) De otro lado describe "la imagen del cuerpo" que sería "irreductible al esquema corporal no solamente por su significación fundamentalmente narcisista, sino por su riqueza, su totalidad, su potencia figurativa, su armonía".

La imagen del cuerpo, según el autor, integra lo vivido y lo conocido, las estructuras somatognósicas conservarían su realidad independiente. Los problemas de esta distinción - que por otra parte es bastante clásica- aparecen sobre todo cuando se intenta ver las interacciones entre el esquema y la imagen del cuerpo; Angelergues concluye diciendo que sus relaciones no pueden ser sino dialécticas. Sin embargo este planteamiento parece criticable, tomados como lo hace Angelergues el esquema y la imagen se presentan como dos totalidades que se colocan una enfrente de la otra: podemos imaginar dos fuerzas que empujan y se oponen, pero salimos del movimiento dialéctico en el interior de una misma totalidad.

Como se ve nos interesamos en estas líneas particularmente en la disyuntiva cuerpo conocido/cuerpo vivido. Si las expresiones "tengo un cuerpo" y "soy un cuerpo" representan dos momentos distintos, incluso contradictorios, ambas pueden ponerse en relación con cada nivel de integración: sensorio-motor y representativo.

"Representarse la posición de los dedos sobre las teclas o de los pies sobre las escaleras, es correr el riesgo más o menos seguro de tropezar" nos dice Wallon (1949, pp.59-60). Para el autor entre la representación y el automatismo hay una incompatibilidad radical; en el automatismo, los movimientos, sus instrumentos, su objeto y el mismo cuerpo están fusionados. De hecho, para Wallon (1949), la emoción anclada en la actividad tónica ligada a las sensibilidades interoceptiva y propioceptiva, supone una relación de participación (condicionada) con el incipiente objeto: la emoción se opone al automatismo y a la vez media entre este último y la representación. En el plano psicogenético, la emoción enmarcada en el espacio propioceptivo (Wallon, 1962) gira sobre si misma; se ofrece como un más allá del automatismo pero mantiene al sujeto predominantemente aislado. La exploración de los objetos en el espacio (ambiente) próximo va a permitir la eclosión de la actividad sensorio-motora; el espacio (subjetivo) postural asentado sobre la emoción deja paso al espacio ambiente exteroceptivo y objetivo.

Queremos insistir, para el tema que nos ocupa, en algunas consideraciones en torno a los puntos de vista wallonianos:

- **El espacio postural, ligado al tono y a la emoción, ha de integrarse en las actividades de relación:** "Las reacciones tónicas que implica la emoción -escribe Wallon (1949, p.94) no se hacen utilizables por la actividad de relación sino a condición de no ser difusas, y globales, y a condición de realizar sistemas motores que estén en relación con el movimiento a ejecutar". Otro tanto ha de suceder con la acomodación del aparato de percepción.
- **Tal vez el espacio postural presenta fuertes afinidades con la imagen del cuerpo en su vertiente de vivencia subjetiva. Paralelamente el espacio ambiente parece corresponder, en su origen, al cuerpo conocido en tanto tratado como objeto.**
- **La dialéctica del cuerpo conocido y del cuerpo vivido es penetrada por la dialéctica del espacio postural y del espacio ambiente.**

Para Ajuriaguerra (1971), "el cuerpo morfológicamente vivido como tal o el cuerpo sentido, o el cuerpo representado, están históricamente ligados a la vivencia primitiva, pero pueden tomar una cierta distancia en relación a esa vivencia a partir del desarrollo de la percepción y del conocimiento (p.398)". De este modo, en el plano cognitivo, el autor describe en el niño tres diferentes modos de interpretación del cuerpo: (1) una noción sensorio-motora, (2) una noción preoperatoria, (3) una noción operatoria. Además, se pregunta Ajuriaguerra (ibid., p.399) "si no se puede hablar de un sector del lenguaje en la representación del cuerpo".

El "cuerpo percibido" es el resultado de la puesta en marcha de las sensibilidades: sensaciones propioceptivas, interoceptivas, exteroceptivas. La percepción como actividad constructiva se entronca con la motricidad, es en el "cuerpo sensorio-motor" donde se combina la percepción con lo percibido y ambas con la motricidad (en tanto aspecto cinético y tónico).

El "cuerpo representado" está también, como elemento, integrado en un "cuerpo representación" que es agente de representación. El campo de las operaciones cognitivas está marcado por el desdoblamiento representativo y la adquisición del lenguaje: yo conozco y vivo mi cuerpo a través del lenguaje.

Existen dos modos de conocer mi cuerpo, puedo percibirlo con mis sentidos, ver por ejemplo las características de mi mano, su color, las particularidades del tacto... pero a la vez puedo estudiar las cualidades de mi mano con respecto a otro objeto mediante procesos inductivos o deductivos. Puedo reflexionar sobre mi mano comparándola con una grúa complicada, pero ¿por qué comparar mi mano con una grúa?, ¿por qué no ponerla en relación con un pulpo?, ¿por qué no asimilarla a una flor que se abre con la salida del sol?...

Es una banalidad afirmar que el funcionamiento del motor realiza su unidad; las piezas organizadas de una cierta manera son capaces de transformar una determinada cantidad de energía, pero durante el tiempo que el motor no marcha su unidad no es un hecho. **El ser vivo constituye una unidad porque está vivo, y está vivo porque se encuentra estructurado por la intersección y el acoplamiento de una serie de elementos.** La vida como epifenómeno responde a su autoorganización (Maturana y Varela 1987). El animal no racional vive, pero vivir no implica ser consciente de que se vive (es decir: prever la muerte); "ser consciente de" exige la reflexión ligada al lenguaje verbal que en un mismo movimiento engarza el cuerpo viviente con el sujeto (y sus objetos). Lo que distingue al ser humano del resto de los seres vivos no es la vivencia sino su consciencia. Hemos visto que inicialmente el funcionamiento -automático- del cuerpo le hace uno con el gesto, el movimiento y la cosa. **La emoción rompe el automatismo (pareja automatismo-emoción). A la vez el desdoblamiento representativo, tras la exploración del mundo, escinde la amalgama dominante de la emoción (pareja emoción-representación). Más tarde, y es el estado adulto, la emoción se hace representativa y la representación emotiva.**

Realizaremos aquí un paralelo, creemos que pertinente, con el símbolo y el signo. El símbolo primitivo -aunque desdoblamiento esbozado- está adherido a la cosa, no obstante supone el esbozo del espacio mental. El signo verbal marca los tiempos propiamente representativos y sin embargo, él mismo, al asumir viejos papeles ligados al también viejo símbolo se desdobra en (1) signo (en sentido restrictivo) y (2) símbolo (nuevo). Se ha propuesto que aquellos materiales psíquicos a elaborar donde coincidan -en demasía- los opuestos serán atribución de la organización del símbolo (Sperber, 1978; Zuazo, 1995).

En el transcurso del desarrollo-maduración cada etapa a sobrepasar asume la anterior según su nuevo modo, los antiguos niveles permanecen en la nueva estructura. El cuerpo cuenta con una organización sensorio motora (reorganizada tras la plena capacidad representativa) y una organización representativa (en sentido restrictivo), ambas pueden ser reflejadas en dos planos horizontales cruzados verticalmente -en su interior- por los polos de lo conocido y de lo vivido:

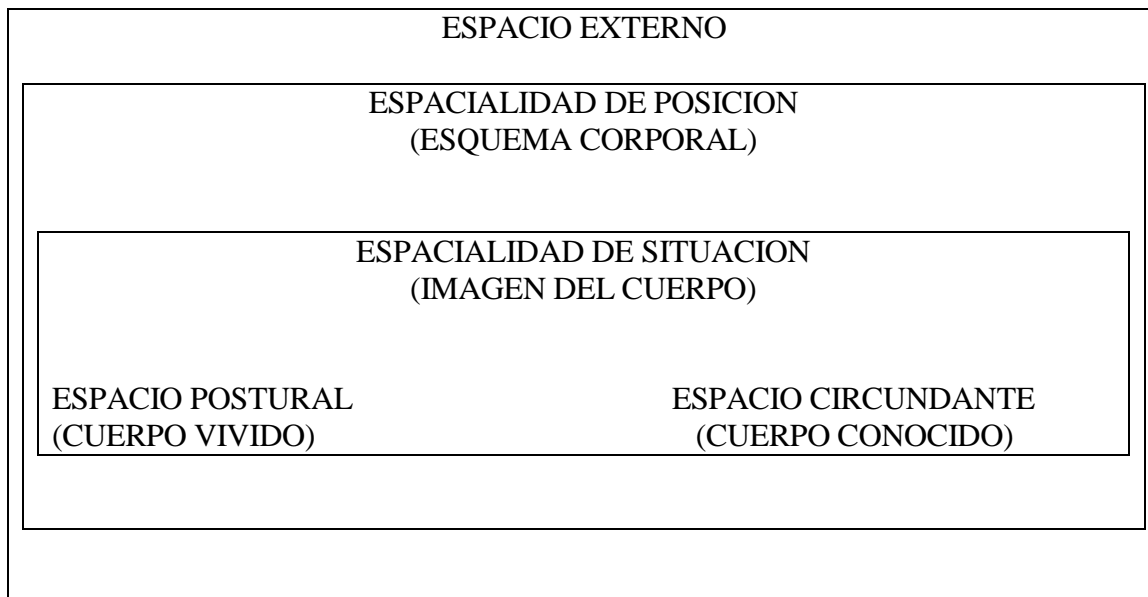
CUERPO CONOCIDO		CUERPO VIVIDO
REPRESENTACION		
SENSORIO-MOTRICIDAD		

Hécaen (1948, p.79) citando a Merleau-Ponty escribe: "para que dos series de hechos puedan determinar juntas el fenómeno como dos componentes determinan una resultante, les sería necesario un mismo punto de aplicación o un terreno común". El esquema corporal, más o menos asimilado al cuerpo neurofisiológico -así sea como gestalt-, y la imagen del cuerpo como entidad psíquica biográfica, ¿dónde se encontrarían?.

El objeto con el que me golpeo al caminar no midiendo las oportunas distancias se localiza en el "espacio externo". La "espacialidad de posición" (como contrapartida a la de "situación" en el sentido de Merleau-Ponty, 1943, p.116) es la forma que toma nuestra propia realidad neurofisiológica definida autoorganizativamente en el "acoplamiento estructural" (Maturana y Varela, 1987; Varela, 1989). La espacialidad de posición o esquema corporal no es el territorio, es el mapa: es una construcción neurofisiológica seleccionada en el diálogo con el espacio externo según la individual generación interna de diversidad.

El movimiento del cuerpo lleva inscrita la cosa a la que se apunta, el movimiento se despliega en el encuentro del espacio postural (cuerpo vivido) y del espacio circundante o ambiente (cuerpo conocido). Tener un cuerpo y ser un cuerpo son modos de presentación contradictorios de la totalidad del cuerpo. "Yo tengo un cuerpo" o "yo tengo una mano" vienen marcados por las atribuciones cualitativas particulares ligadas a mi biografía; la relación dialéctica es constante en una totalidad que podemos expresar -tal vez- según el modo: "yo soy el cuerpo que tengo" / "yo tengo el cuerpo que soy".

El espacio postural y el espacio circundante pueden, un poco atrevidamente, integrarse en la noción de imagen del cuerpo -de índole psíquica- que además presenta una apertura hacia el espacio del sistema de relaciones objetales (unión/separación entre el sujeto y sus objetos).



"El cuerpo -escribe Sami-Ali (1977, p.83)- se cierra sobre él mismo a la vez que se abre sobre el espacio que delimita y por el que es delimitado (...) el cuerpo se encuentra incluido en un espacio que le incluye a su vez e inversamente". En cierto modo el espacio externo y el esquema corporal (en el sentido que le hemos dado) se definen mutuamente en tanto que la cartografía, construida según el territorio y las potencialidades, generan un modo operativo -el esquema corporal- para la detección futura del espacio externo. El esquema corporal sería un mapa del espacio externo en su relación con el propio cuerpo, todo ello en una espacialidad de posición que se ubica precisamente en la complementariedad mutua.

Del mismo modo dialogado y recursivo, sugerimos que es en torno al espacio (y el juego de distancias) como el esquema corporal y la imagen del cuerpo (espacialidad de situación y "cuerpo habitado") interaccionan. La imagen corporal sería entonces un mapa del mapa del espacio externo (espacio ambiente) y del propio cuerpo (espacio postural).

4. EL CUERPO, EL SUJETO Y LOS OBJETOS

La imagen del cuerpo es para Dolto (1984) la encarnación simbólica del sujeto, las emociones son allí "simbolizadas" en tanto que poseen un sentido de comunicación y por lo mismo un sentido para el sujeto. De este modo, a través de la "fantasmaticización del cuerpo" (Bernard, 1976, p.114), cuerpo y sujeto se encuentran indisociablemente ligados;

al fin y al cabo para Freud (1923, p.2709) -como es clásico recordarlo- el yo es ante todo una entidad corpórea que corresponde a la proyección mental de una superficie. Sin embargo imagen de sí e imagen del cuerpo no coinciden: "yo (1) soy yo (2)" cubre un campo distinto a "yo soy un cuerpo". En este sentido el cuerpo parecería ser englobado por el segundo yo de la frase "yo soy yo". "En realidad, -escribe Bernard, 1976, p.112- la expresión de mi cuerpo hace que sea siempre más que una cosa y al mismo tiempo que sea menos que yo, en la medida en que toda expresión oculta, enmascara al revelar".

En palabras del poeta (Antonio Machado citado por Laín Entralgo, 1981, p.293) "el ojo que ves no es ojo porque tú lo veas, es ojo porque te ve". Sin embargo el problema se complica en la recursividad: el ojo que veo es el ojo de mi guión, el ojo construido en mi mundo interno sólo parcialmente coincidente con el ojo del mundo externo. Sujeto y objetos forman parte igualmente del sistema de relaciones objetales. "Mi juicio 'tú eres bueno' -escribe Laín Entralgo, ibid., 1981, p.270- dice en rigor 'te estoy diciendo que tú eres bueno'. Con el segundo 'tú', yo te pienso y te convierto en él; con el 'te' inicial, en cambio, de claro que estoy hablando a un 'tú', que 'tú' eres 'tú', una persona singular y no una realidad objetivable".

Retomaremos la frase inicial de Marcel ("tú eres bueno") ampliada por Laín Entralgo ("te estoy diciendo que tú eres bueno") y la llevaremos al desarrollo global "yo (1) te (1) digo que yo (2) percibo tu (2) bondad":

- **El "yo" que dice y el "yo" que percibe son elementos de un ámbito mayor, de un yo (clase) que dice y percibe: yo del hacer en el primer caso, yo de estado en el segundo (según la terminología de Greimas, 1966).**
- **El "te" que escucha y el "tu" bondadoso como objetos de hacer son elementos de la clase tu en tanto objeto de estado.**

Emplearemos los términos "yo" y "tú" para denominar al sujeto y al objeto del hacer; el sujeto de estado y el objeto de estado serán sucesivamente el "mi" y el "tú".

Pero el camino no se detiene en el enunciado: yo, tú, mí y ti son resultados de los que el origen está en otra parte. La enunciación es una actividad que remite a un enunciador (agente de la enunciación) que no es el sujeto -ni como elemento, ni como clase-, sino la relación de la clase del sujeto con las clases de los objetos (sistema de relaciones objetales).

El término de mismo corresponde -según Ricoeur 1987- tanto al latino "idem" (lo idéntico en cuanto comparación de algo con algo) como al "ipse" (lo idéntico de un algo a sí). La significación que corresponde al "ipse" es una reflexividad que en francés y en español quedaría expresada en la partícula "mismo" tras el pronombre. El "yo mismo" se mantiene en el mismo nivel del yo, el término "mismo" en este caso funciona como redundancia, insistencia: ¿quién lo va a hacer?, lo haré yo mismo... En el "mi mismo" la palabra "mismo" tendría efecto totalizante en tanto que engloba a la totalidad del sistema de relaciones objetales en un sentido próximo al concepto de "self" psicoanalítico (Kogan, 1979).

La interacción dialéctica -desde nuestro punto de vista- no se establecería entre "yo tengo un cuerpo" y "yo soy un cuerpo", sino entre "yo soy el cuerpo que yo tengo" y "yo tengo el cuerpo que yo soy":

- **En "yo soy el cuerpo que yo tengo", me abro al mundo a través del "yo soy", sin embargo esta apertura se cierra a través del cuerpo que tengo.**
- **En "yo tengo el cuerpo que yo soy", me sitúo como cuerpo que a pesar de ello se abre al mundo por el "yo soy".**

El yo que "tiene" no es el yo que "es"; el primero se coloca como sujeto, que podríamos calificar de parcial, en el registro del enunciado (yo, mi); el segundo se enmarca en el sistema de relaciones objetales en tanto totalidad (agente de la enunciación) como "mi mismo" en el sentido que le hemos dado. El cuerpo conocido se dibuja en un ambiente donde "yo soy el cuerpo que tengo"; el cuerpo vivido pertenece al "yo tengo el cuerpo que soy".

En el acontecer psicológico de un determinado material, lo vivido y lo conocido se simultanean, lo que da la preponderancia de una determinada vertiente es la hegemonía de uno sobre otro. El cuerpo es -en un mismo movimiento- conocido y vivido, no obstante se expresa como conocimiento (separador) o vivencia (unificante) según domine uno de los aspectos.

El mi-mismo como totalidad asume el sistema de relaciones objetales y la corporalidad. La relación entre mi mismo / otro mi mismo es la relación interpersonal acontecida en el espacio externo expresada corporalmente en las espacialidades de posición (esquema corporal). La relación sujeto/objeto se produce en el interior del mi mismo: es relación intrapersonal e interacción de espacialidades de situación (márgenes corporales dialécticamente organizadas como espacio postural y espacio ambiente).

5. CUERPO, MAL Y ENFERMEDAD

"La conciencia (del) cuerpo -escribe Sartre (1943, p.378) es lateral y retrospectiva; el cuerpo es lo no considerado, lo silenciado (...) La conciencia del cuerpo es comparable a la conciencia del signo (...) El signo es lo sobrepasado por la significación, lo que no es considerado en provecho del sentido, lo que no es nunca captado por si-mismo, ese más allá de lo que la mirada se dirige perpetuamente". Pero he aquí que bruscamente la mano me duele, entonces sobre el cuerpo vivido como fondo aparece la figura de mi dedo

doloroso, del mal (reflexivo) en mi mano. El dolor (la molestia, la percepción de una variación en la presentación del cuerpo...), **el mal y la enfermedad forman tres núcleos sobre lo que -con cierta libertad siguiendo a Sartre (1943)- centraremos nuestras reflexiones:**

- **El dolor es una sensación que pertenece a la conciencia irreflexiva;** "comprendamos bien -escribe Sartre (1943, p.405)- que el dolor de estómago es el estómago mismo en tanto que vivido dolorosamente". En este sentido el dolor no está en un cuerpo-objeto y no se despliega en un tiempo objetivo.
- **El mal aparece cuando se intenta captar un dolor mediante la conciencia reflexiva;** "el movimiento primero de la reflexión es pues para trascender la cualidad consciencial pura de dolor hacia un objeto dolor (...) Este objeto psíquico aprehendido a través del dolor es el mal (Sartre, ibid., p.384). **El mal posee su duración propia, es trascendente (fuera de la conciencia). Mientras que el dolor para la conciencia irreflexiva es el cuerpo, el mal para la conciencia reflexiva es distinto al cuerpo, tiene su vida propia (casi animista).** El mal según el autor (p.386) no es la causa del dolor "se desvela como la unidad de todos los dolores del mismo tipo". El mal pertenece al dominio del sufrimiento (en el campo preferente de la vivencia), el mal posee el cuerpo como un "casi-objeto".
- **La enfermedad es el mal apuntado en tanto que ser-para-otro.** "Es mediante los conceptos del otro -escribe el autor, ibid., pp.405-406- como conozco mi cuerpo (...) Intento captarlo como si yo fuese en relación a el otro (...) y cuando no sufro, hablo de ello, me conduzco en relación a ella (la enfermedad) como con respecto a un objeto que por principio está fuera de alcance, del que los otros son los depositarios".

La enfermedad se define según el saber enciclopédico consensuado sin embargo, además del conocimiento de la enfermedad (como puede proporcionárnosla un tratado de medicina interna, se da la vivencia de la enfermedad. Enfermedad-conocida y enfermedad-vivida corresponden al "cuerpo dañado" según lo que nos ha enseñado "el otro", dicho de otra manera: el cuerpo representado construido según los parámetros del lenguaje y de las entradas enciclopédicas puede ser tomado desde la perspectiva de lo conocido y de lo vivido.

Tal vez la enfermedad en sentido restrictivo podría referirse al cuerpo conocido como objeto estudiado desde la posición del otro. En este caso la enfermedad vivida sumaría a la propia enfermedad el mal como construcción desarrollada a partir de la vivencia del sufrimiento (tanto del dolor como de los silencios sobre el modo de una melodía que forma un todo compacto).

Entre (1) el conocimiento de la sensación (atención focalizada -por ejemplo- en el dolor de una articulación del dedo) y (2) el miedo a la enfermedad artrítica conocida a través del discurso médico, se encuentra (3) el mal como una especie de síndrome que engloba el carácter pulsátil del dolor y la dificultad en los movimientos.

En la dialéctica mal/enfermedad, la segunda se sitúa más del lado del cuerpo conocido; del mal poseemos certeza, de la enfermedad probabilidad en su ocurrencia. Sin embargo, en ocasiones, la enfermedad se carga del mal: estoy seguro de padecer tal o cual enfermedad, sin vacilaciones:

- **El mal es más vivido que conocido; pertenece al campo de lo cierto.**
- **La enfermedad es más conocida que vivida; pertenece al campo de lo probable.**
- **Cuando el mal y la enfermedad se fusionan, de la enfermedad hacemos vivencia.**

La sintomatología corporal, tal y como nos interesa aquí, implica que la persona habla con el cuerpo (y a menudo del cuerpo), y lo hace así porque ese cuerpo es encarnación simbólica que, como lo hemos visto con Dolto (1984, p.199), expresa unas cogniciones y unas emociones que tienen un sentido de lenguaje y de comunicación. La gran mayoría de trastornos psíquicos que hacen una llamada a la corporalidad se presentan como organizaciones sindrómicas que pueden ser referidos al ámbito más estructural de la búsqueda de la distancia oportuna entre el sujeto y sus objetos.

"La espacialidad del cuerpo propio -escriben Berthand et Gibello (1970)- es una espacialidad de situación, no existe únicamente un aquí, existe un cuerpo `hacia' sus tareas (p.28)". Hemos visto que según Sartre (1943) el cuerpo es lo silenciado, no obstante en un momento dado puede convertirse en "la tarea", en ocupación/preocupación, en consciencia cenestésica... como si de un modo perverso el medio se convirtiese en fin. El cuerpo deja de "estar" en situación para "ser" la situación donde se anudan los fantasmas.

El hipocondríaco busca la enfermedad tras el mal. Vivo como hipocondríaco mi mal y también la enfermedad que cobra una autonomía propia arrastrando al mal. La duda en el registro obsesivo de las formas hipocondríacas menores se hace certeza hipocondríaca en las formas mayores. De un modo paralelo podemos describir la dismorfofobia menor en la que la presentación estética del cuerpo es vivida como defectuosa o fea (mal); el mal vivido puede ser atribuido -con certeza- a una deformación que toma el carácter de "la enfermedad" en las formas mayores de dismorfofobia.

En la hipocondría la enfermedad me persigue a través del cuerpo que tengo; yo soy el cuerpo dañado por la enfermedad, más precisamente: yo soy -como sujeto- el órgano lesionado por la enfermedad. El cuerpo -tomado como un todo- envuelve, en tanto contexto, a sus partes que parecen actuar como personajes del drama enunciado por el sistema de relaciones objetales. La grave hipocondría es un drama persecutorio, la enfermedad -o en ocasiones el "órgano-enfermedad"- asume el papel del objeto persecutor, el órgano es el sujeto perseguido. Es una patología del "yo soy el cuerpo que tengo". Ese cuerpo hipocondríaco cerrado en él mismo hace decir a Dolto (1984, p.199) que mientras que el histérico trata de manipular -a través de su cuerpo- a otra persona, el hipocondríaco se manipula a sí mismo. Así pues, en la hipocondría yo y mi cuerpo se confunden; en la dismorfofobia supuestamente yo sería estéticamente más agraciado que mi cuerpo, si hay un persecutor, él no está -a través de la enfermedad- en mi cuerpo. Es entonces la mirada

del otro quien persigue, como en la eritrofobia o más simplemente en la timidez: el cuerpo del dismorfofóbico se abre al mundo, es una patología del "yo tengo el cuerpo que soy".

Tomaremos como ejemplo la preocupación -navegando entre la duda y la certeza- en torno al ya citado dolor en un dedo; se presentan dos posibilidades que enunciaremos en las frases siguientes:

- (1) Yo soy mi dedo ... que es solicitado por la enfermedad (deterioro, fealdad, vejez, etc.).
- (2) Yo (soy yo) ... que soy solicitado por el órgano enfermo (deteriorado, feo, viejo, etc.).

En el primer caso el sujeto ("corporal") se deposita en el dedo; lo patógeno procedente del espacio ambiente, de la mirada del otro, del cuerpo conocido en suma se traduce por sus efectos en el cuerpo: la enfermedad "está" en el cuerpo. El cuerpo se cierra y yo me confundo con él.

En el segundo caso el sujeto sigue siendo "psíquico"; el objeto atacante es un objeto "corporal" (el órgano, la función, etc.): la enfermedad "es" el cuerpo, el cuerpo vive el mal. El cuerpo vivido (espacio postural) se encuentra modificado y sufre el mal pero se abre y yo me distingo de él.

Hemos sugerido en otra parte (Zuazo, 1996) que el espectro histérico y el obsesivo se organizan según un conflicto de distancias entre el sujeto sexuado y los dos progenitores (en tanto objetos del sistema de relaciones objetales). La histeria, planteada como la interacción entre el anhelo de unión con el progenitor de diferente género y el temor al exceso de su proximidad, se centra en la sexualidad que -en su origen- es sobre todo geografía en tanto formas corporales sexuadas. La obsesión, pensamos, se organiza en torno al temor del exceso de unión con el progenitor del mismo género en un juego de agresividades que es sobre todo historia en tanto ejercicio conflictivo de la dominación. En el juego de distancias ciertos trastornos del "cuerpo fantasmático" tendrían que ver con la separación excesiva del objeto, particularmente del "objeto-sí mismo" en el sentido de Kohut (1984). Otros trastornos corresponderían a la unión excesiva o a la separación excesiva que los objetos complementarios.

El cuerpo atractivo/no atractivo de la histeria se traduce en ciertos modos en los que el cuerpo fantasmático sentido como feo o repulsivo se encuentra al servicio de establecer una distancia con el objeto del género opuesto excesivamente cercano. El cuerpo dotado de unas particularidades mimo-gestuales o funcionales (disfuncionales) puede servir en la histeria para afanes identificatorios en la doble vertiente de aproximación/distanciamiento con los objetos fundamentales. Algunos trastornos somatomorfos y cenestopáticos pueden incluirse también en el apartado histérico con una función hegemónica de separar al sujeto del objeto incestuoso.

En el espectro obsesivo el cuerpo puede ser marcado por las relaciones de poder; una función solicitada por el objeto que requiere la participación activa del sujeto es entonces bañada por la duda. Así -entonces- la duda hipocondríaca señala la

implicación corporal del conflicto obsesivo.

El cuerpo devaluado (con vitalidad disminuida, doloroso a veces, cuajado de malestares cenestopáticos o feo...) señala la separación del objeto que en su distancia devalúa a un sujeto completado previamente por ese objeto.

En la persistente preocupación del cuerpo envejecido, yo sería más joven que mi cuerpo; es seguro que puedo tener constancia de ello por medio del espejo, pero -una vez más- es sobre todo la mirada (a excesiva distancia) del otro quien me lo sugiere.

A veces la deformación somática, el handicap funcional, el tiempo, incluso la fealdad pueden ser tomados como objetos persecutorios. El cuerpo deteriorado puede entonces -sobre el modo de la hipocondría mayor-hacer de cada uno de los factores señalados enfermedad: el "yo tengo el cuerpo que soy" deja paso al "yo soy el cuerpo que tengo".

6. BIBLIOGRAFIA

- Ajuriaguerra, J. de (1962): "Le corps comme relation", Rev. Suisse de Psychol. pure et appliquée, 1962, vol. 21, 137-159.
- Ajuriaguerra, J. de (1971): "L'enfant en son corps", L'information Psychiatrique, 47, 5, 391-402.
- Ajuriaguerra, J. de; Angelergues, R. (1962): "De la psychomotricité au corps dans la relation avec autrui", Evolution Psychiatrique, 1962, t. XXVII, N° 1, 13-25.
- Angelergues, R. (1964): "Le corps et ses images", L'Evolution psychiatrique, 29, 4, 181-216.
- Bernard, M. (1976): "Le corps", Delarge, Paris, 1976.
- Berthaud, G.; Gibello, B. (1970): "Schéma corporel et image du corps, Perspectives Psychiatriques, N° 29, 23-36.
- Castilla del Pino, C. (1995): "Celos, locura, muerte", Temas de hoy, Madrid, 1995.
- Dolto, F. (1984): "La imagen inconsciente del cuerpo", Seuil, Barcelona, 1994.
- Freud, S. (1923): "El yo y el ello", Obras Completas, Tomo VII, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.
- Greimas, A. J. (1966): "Sémantique structurale", Larousse, Paris, 1966.
- Hécaen, H. (1948): "La notion de schéma corporel et ses applications en psychiatrie", Evolution psychiatrique, 1948, N° 1, 75-121.
- Kogan, A. A. (1969): "El yo y el sí-mismo", Amorrortu, Buenos Aires, 1982.
- Kohut, H. (1984): "¿Cómo cura el análisis", Paidós, Buenos Aires, 1990.
- Laín Entralgo, P. (1981): "Teoría y realidad del otro", Alianza, Madrid, 1983.
- Lacan, J. (1954): "Relation d'objet et relation intersubjective", in Le seminaire, livre 1, Seuil, Paris, 1975.
- Maturana, H.; Varela, F. (1987): "El árbol del conocimiento", Debate, Madrid, 1990.

- Merleau-Ponty, M. (1945): "Phénoménologie de la perception", Gallimard, Paris, 1976.
- Ricoeur, P. (1987): "Individuo e identidad", en Sobre el individuo, Paidós, Barcelona, 1990.
- Sami-Ali (1977): "Corps réel, corps imaginaire", Dunod, Paris, 1977.
- Sartre, J. P. (1943): "L'être et le néant", Gallimard, Paris, 1976.
- Sperber, D. (1978): "El simbolismo en general", Promoción Cultural, Barcelona, 1978.
- Varela, F. J. (1989): "Autonomie et connaissance", Seuil, Paris, 1989.
- Wallon, H. (1949): "Les origines du caractère chez l'enfant", PUF, Paris, 1976.
- Wallon, H.; Lurçat, L. (1962): "Space postural et space environnant", Enfance, 1, 1-33.
- Zuazo, J. I. (1995): "Elaboración psicológica y organización del símbolo", Revista de la Asoc. Esp. de Neurops.; Nº 55, oct-dic, 627-647.
- Zuazo, J. I. (1996): "Aspectos de las organizaciones neuróticas desde la perspectiva de la distancia oportuna entre el sujeto y sus objetos, Anales de psiquiatría,